



EL IMPERIO DE ALEMANIA



CAPÍTULO DÉCIMO-QUINTO

Los tres emperadores

partir de mil ochocientos setenta y uno, Alemania dicta la ley á Europa. Sobre todo, mientras Bismarck rige los destinos del nuevo imperio, ningún suceso importante del Continente se oculta á su mirada ni se sustrae á su influjo. De Paris á San Petersburgo y de Londres á Constantinopla, tiende los hilos de su diplomacia, que abrazan como una red la política general. La táctica del célebre canciller es sutil y complicada; su programa, en cambio, sumamente sencillo. Realizada la unidad germánica, el único pensamiento de Bismarck es consolidarla y proveer á su defensa. El imperio alemán tiene en Europa un enemigo irreconciliable, la nación vencida, humillada, desmembrada. Si merced á cualquier circunstancia, robustecida por los celos que despierta el engrandecimiento colosal de Alemania, llegara á unirse con Francia alguna otra potencia de primer orden y su afortunada rival quedase abandonada á sus propias fuerzas, el edificio levantado por el canciller de hierro con tanta constancia, inteligencia y sacrificios, correría gravísimo peligro. Bismarck, tan luego se firmó el tratado de Francfort, aplicóse á impedir que esta eventualidad sobreviniese, trabajando con afán perseverante para mantener al pueblo francés en el aislamiento, mientras se esforzaba por asegurar al alemán una alianza que centuviese los movimientos de simpatía y las tentativas de aproximación al primero, por parte de otros Estados.

Francia, sin duda, no debía causar en mucho tiempo temores fundados á Alemania. Aun estaba ocupada por el vencedor, y su primera necesidad era establecer un gobierno

CAPÍTULO DÉCIMO-QUINTO

definitivo y reconstituir su Hacienda pública y su ejército: la posibilidad del desquite había, pues, de presentarse muy remota. Pero, por un lado, no era Bismarck de esos hombres que se contentan con la seguridad del momento presente, y, por otro, le parecía ver en aquellos instantes asomarse y crecer en Francia un doble riesgo para su política, nacido de los sentimientos ultramontanos y de las aficiones monárquicas que dominaban en la asamblea de Versalles.

En ésta, atrevióse un diputado á pedir «que se consagrara Francia á Dios y á su Cristo universal», y los obispos de Ruan, Sees, Coutances y Evreux presentaron una proposición, solicitando que el gobierno interviniese para restablecer el poder temporal del Papa. Thiers, sin dejar de inspirarse en un elevado espíritu de tolerancia y de demostrar el respeto más profundo á las creencias religiosas, hizo prodigios de elocuencia y de habilidad, á fin de descartar de la proposición toda tendencia amenazadora y agresiva contra el gobierno italiano; mas no pudo evitar que se acordara pasase aquella al ministro de Negocios Extranjeros. El celo católico de los diputados franceses contrariaba y molestaba á Bismarck, que se apercibía á sostener su famosa campaña contra el clericalismo. No iba el férreo gobernante empujado á la lucha por el fanatismo, pues ningún alma tan libre de prejuicios como la suya. Lo cierto era que los católicos alemanes no habían formado en la Confederación del Norte sino algunos grupos diseminados, constituyendo, en último término, una minoría escasa; pero al fundarse el imperio ganaron en número y cohesión, pareciendo decididos á combatir la política interior del canciller. Baviera, católica y particularista, que aceptara la idea del imperio con poco entusiasmo, no obstante haber contribuido eficazmente á la guerra contra Francia, acababa de sufrir cruel decepción, viendo burlada su esperanza de obtener en premio de sus sacrificios parte del territorio conquistado, que Prusia hacía declarar *pais imperial*, sometiéndolo de este modo á la dictadura del canciller. Y no había sido menor el desengaño de Wurtemberg y de Baden, que acariciaron la misma ilusión que Baviera. El particularismo germánico pugnaba por renacer, aunque, no osando enarbolar la bandera política, escudábase con la égida del catolicismo, que tan arrogante se mostrara en el concilio vaticano. El partido ultramontano tenía hondas raíces en la Polonia prusiana, en las provincias del Rin, en el Sleswig, en Hannover, sumando sus representantes casi la tercera parte del *Reichstag*. Este grupo del centro uníase alternativamente con los conservadores de la derecha y con los progresistas de la izquierda, inclinando á su gusto la balanza en las votaciones contra los liberales nacionales, en que se apoyaba especialmente el canciller. Los diputados católicos recibían su consigna de la Santa Sede, disgustada con Prusia por la manera como el gobierno de Berlín había acogido el dogma de la infalibilidad, su equiescencia á la ocupación de Roma por los italianos y la protección que prestaba en toda Alemania á los *viejos católicos*, cuyas tendencias cismáticas eran notorias. Cuando las tropas de

Victor Manuel se posesionaron de la capital pontificia, el gabinete prusiano invitó al Papa á establecer su residencia en Colonia: Pío IX contestó rehusando el ofrecimiento, no sin desdén. Bismarck quiso acreditar en Roma, como representante de Alemania, al cardenal Hohenlohe: la Santa Sede se negó á admitirlo, por considerarlo demasiado dócil á la política prusiana. Estaba, pues, declarada la guerra entre el pontificado y el gobierno del emperador Guillermo, y era, por tanto, natural que Bismarck contemplase con recelo y desagrado la autoridad absoluta que el Papa parecía ejercer en la Iglesia de Francia, y más aún, su ascendiente en la asamblea de Versalles. Las inclinaciones monárquicas de esta última también inquietaban algo al canciller de hierro. Por más que la ley Rivet-Vitet otorgaba al jefe del Poder ejecutivo el título de presidente de la República y venía á ser como un ensayo de constitución republicana, la asamblea conceptuaba el régimen imperante como puramente circunstancial y provisional, creyendo firmemente que, más pronto ó más tarde, sería sustituido por el monárquico. Se hacían tentativas para aproximar á las dos ramas de la casa de Borbón, y se esperaba vencer la resistencia del conde de Chambord á aceptar la bandera nacional. A falta del nieto de Carlos X, que, invocando su carácter de representante del derecho divino, acababa de ofrecerse ingenuamente á su patria para curarla de sus males, diciendo con énfasis: «La palabra pertenece á Francia y la hora á Dios», dábase por seguro que sería proclamado rey el conde de París; y en este caso, preescindiendo del apoyo permanente que la política romana encontraría en Francia si el trono era restaurado, porque aun no ocupándolo el conde de Chambord, sino el de París, la Iglesia adoptaría sus precauciones para sacar ventajas de la nueva situación, preguntábanse el emperador Guillermo y su canciller si, una vez reemplazada la administración que existía en Francia, inestable, puesta diariamente en tela de juicio, capaz de ser presentada á Europa como prototipo de la impotencia y del desorden, por una autoridad monárquica, fuerte y con apariencias de duración, no habría algunos gobiernos que, por espíritu de solidaridad con las instituciones restauradas, interpusieran sus buenos oficios en favor del pueblo vencido, solicitando que se suavizaran las duras condiciones del tratado de Francfort, y hasta acabaran por aliarse con él para facilitarle el desquite. Sobre todo, sospechaban de Rusia, en donde comenzaba ya á hablarse de la ingratitud alemana.

Preocupaba, pues, á Bismarck, al promediar el año de mil ochocientos setenta y uno, la idea de contraer una alianza que preservase á su patria del peligro clerical y le sirviese de garantía contra la eventualidad de una inteligencia franco-rusa. La cuestión era encontrar el aliado. No podía serlo Inglaterra, país que blasonaba de no mezclarse en los asuntos del Continente, á menos de exigirle su propio interés. Ahora bien, la agitación clerical no afectaba á Inglaterra, en tanto no trascendiese á Irlanda, en donde los ánimos estaban tranquilos á la sazón, merced á las reformas propuestas ó planteadas

por el gabinete Gladstone. De otra parte, la Gran Bretaña hubiese visto con gusto que Francia salía de su abatimiento, en vez de querer contribuir á que se la humillase más todavía. Debe agregarse que los *whigs* no profesaban como artículo de fe la opinión de que era preciso defender á cualquier precio el imperio otomano contra su enemigo moscovita, pareciéndoles tiempo y trabajo perdidos los empleados en sostener en pie al incurable enfermo de Oriente; á su juicio, era más cuerdo entenderse con Rusia que no prepararse á combatirla: por el momento, mientras Rusia no amenazase á Constantinopla, respetara el territorio de Egipto y el canal de Suez y sus ejércitos no se acercaran demasiado á la India, Inglaterra estaba poco dispuesta á cruzarse en su camino. Por estas razones, repetimos, no le era dado á Bismarck contar con el apoyo del gobierno británico.

No podía tampoco pensar en el concurso inmediato de Italia. La joven nación necesitaba de paz y reposo, para restablecer en su Hacienda el equilibrio perturbado por tantos años de guerras y revoluciones. Los alardes ultramontanos de la asamblea de Versalles no agradaban naturalmente á Víctor Manuel ni á sus ministros, y la presencia de la fragata francesa *Orinoco* en las aguas de Civita-Vecchia les producía el efecto de una ofensa; pero estaban convencidos de que, mientras Thiers rigiese los destinos de la política de Francia, las alharacas de los clericales quedarían reducidas á desahogos sin consecuencias; esto aparte de que en el corazón de los italianos no se había extinguido aún del todo el sentimiento de gratitud hacia sus aliados de Magenta. No era de esperar, de consiguiente, que Italia se uniera á Alemania contra los franceses, ó le prometiera, en caso necesario, su auxilio contra Rusia, cuya suspicacia hubiese despertado, sin ventaja alguna por su parte, mostrándose complaciente con la corte de Berlín.

Descartadas Inglaterra é Italia, no quedaba sino Austria-Hungría con quien pactar. La potencia vencida en Sadowa era aún temible y, por su posición en el centro del Continente, la que más facilidades podía dar á Alemania, si entre ellas se anudaban estrechos lazos de alianza, para tener á raya á las restantes. La unión de los dos Estados beneficiaría á ambos, permitiendo al imperio alemán neutralizar la acción de Rusia, y á Austria-Hungría combatir el panslavismo, que era un peligro para sus relaciones y su influencia en el extranjero, y hasta para su misma existencia como cuerpo político. En cambio, su hostilidad envolvería graves riesgos para una y otra; pues acaso el gobierno de Viena se sintiera inclinado á favorecer las tendencias particularistas alemanas, que asomaban la cabeza en Baviera, como hemos visto, bajo el manto del catolicismo, y el gabinete de Berlín cediese á la tentación de fomentar el pangermanismo en el imperio austriaco, que contenía ya tantos gérmenes deletéreos. Dos obstáculos se oponían á la aproximación de Alemania y Austria. El primero era que el conde de Beust, que estaba aun al frente de la diplomacia austro-húngara, se había distinguido por su aversión á la política alemana, no cesando de acariciar la esperanza del desquite de Sadowa, aun des-

pués de la derrota de Francia. Verdad es que luego pareció inclinarse ante la fortuna de Prusia; pero, en el fondo, no renunciaba al pensamiento de hacer recobrar á su patria su antigua hegemonía en el mundo germánico. Bismarck no se engañaba al mirarlo con prevención. El segundo obstáculo procedía de la importancia política adquirida por los eslavos de la monarquía austro-húngara. El dualismo imperante en este país desde mil ochocientos sesenta y siete, que sacrificaba la mayor parte de la población á las dos minorías alemana y madgyar, amagaba, á juzgar por los síntomas, próxima ruina. Francisco José apenas tenía ya fuerzas para resistir las exigencias de los eslavos, checos y croatas, que reclamaban fieramente sus derechos. El ministerio cisleitano Hohenwart, que estaba al frente de los negocios desde el cuatro de Febrero de mil ochocientos setenta y uno, protegía las pretensiones de estos pueblos, mimaba á los Rieger, los Palacky y demás jefes del partido nacional bohemio, prorrogaba las sesiones del *Reichsrath*, que los diputados alemanes, en su irritación contra él, abandonaban desesperados, y disolvía á poco las dietas provinciales, por la oposición que hacían á sus proyectos. Así las cosas, si los eslavos llegaban á predominar en Austria-Hungría, era obvio que, en vez de servir de contrapeso á Rusia, no tardarían en ser sus auxiliares.

Afortunadamente para Bismarck, los eslavos no contaban con el favor del conde de Beust, poco afecto á Rusia, que le pagaba con creces su mala voluntad. El germanismo de buena ley del primer ministro de Francisco José no le permitía patrocinar una evolución, encaminada á subordinar el elemento alemán del imperio al grupo eslavo, mientras su patriotismo y su lealtad le vedaban secundar una política que, lastimando el amor propio y los intereses de provincias ricas y extensas, podía sugerirles la idea de entregarse al emperador Guillermo. Conocía muy bien el canciller alemán las disposiciones del austriaco respecto al ministerio Hohenwart, y hallábase convencido de que no faltaría á Beust el apoyo del conde Andrassy, jefe del gabinete transleitano, para contrarrestar el empuje del partido eslavo; pero sabía también que Andrassy aspiraba á reemplazar á aquél y que quería, como fiel porta-estandarte del exclusivismo húngaro, que los Hapsburgos renunciases definitivamente á mezclarse en los asuntos germánicos y concentraran su atención y su interés en los de Oriente. Así, pues, los obstáculos capaces de entorpecer la alianza austro-alemana no eran de suficiente importancia para desanimar á un espíritu tan fértil en recursos como el suyo. Existía otra circunstancia, que sin duda debía facilitar el acuerdo entre los dos imperios. Austria había sido derrotada lo mismo que Francia; mas si era de temer que en Francfort sólo se hubiese pactado una tregua, en cambio, las condiciones del tratado de Praga dejaban abierto el camino á la reconciliación sincera de los contendientes, gracias á la perspicacia de Bismarck, que se opuso á la desmembración del imperio austriaco, á fin de no perpetuar el odio del vencido, diciendo: «Después de una victoria, la prudencia aconseja no averiguar todo lo que